

LIBANO

EL REGRESO DEL HERMANO PRODIGO

LLEVABA esperando desde las tres. ¿A quién? A un representante de Al Fatah. Desde el «raid» israelí en Beirut todo el mundo se pregunta dónde están los feddayin, si es cierto que tienen campos de entrenamiento en el norte, oficinas y cuentas bancarias en la ciudad, bases de ataque en el sur y misteriosas relaciones con los países extranjeros. Esta ciudad en ebullición, en la que se agazapan las redes de espionaje, donde tratos increíbles se llevan a cabo en los bares, donde todo puede suceder, ¿no es la sede ideal para una organización clandestina?

Sin duda. Pero encontrar aquí un representante de la organización no es cosa fácil... La puerta se abre. Entra un secretario. «No vendrá, ha sido detenido al salir de su casa». Hay un momento de tensión, y luego el dueño de la casa entra en escena. «Es un accidente de ruta. Vamos a hacer que le liberen. Pero este tipo de operaciones policíacas no nos facilita precisamente la vida, y puede poner en peligro un equilibrio penosamente establecido». Sabe de qué va. Es libanés y desempeña, a título privado, el papel de «buen componedor» entre su gobierno y Al Fatah.

Sin acuerdos precisos

Las discusiones entre el Líbano y los feddayin, que empezaron hace ocho meses, no han llevado a un acuerdo concreto. Pero al menos han permitido encontrar un «modus vivendi». El líder de Al Fatah aceptaba «no colocar al Líbano en una



situación difícil» y «no utilizar el territorio libanés para lanzar una operación militar». Se trataba de pura amabilidad, ya que, en contrapartida, los libaneses no ofrecían más que muy poca cosa: la afirmación de su apoyo oficial, que, como se sabe, no excluye las detenciones en pleno Beirut ni siquiera los choques militares...

El año pasado, a finales de octubre, un sencillo incidente estuvo a punto de echarlo todo por tierra. Una noche, en la montaña, un grupo de feddayin infiltrado en Siria se coló en Israel y fue ametrallado a su regreso por el ejército libanés: hubo seis muertos. La misión de contacto con Al Fatah volvió a salir inmediatamente para Amman. Las discu-

siones se reanudaron. Todavía duran, y siempre se estrellan en el mismo punto: el paso de la frontera. Para todo lo demás, en efecto, los palestinos —sea por desconfianza o por prudencia— están decididos a no contar con nadie. «Puedo decirle exactamente cuál es nuestra situación en el Líbano —me dice un responsable de Al Fatah—, Campos de entrenamiento y bases: ninguno. Vínculos extranjeros: uno de nuestros responsables es de origen argelino; es uno de esos argelinos que vinieron a instalarse en Palestina hace tiempo y que siguieron el éxodo general en mil novecientos cuarenta y ocho. No tenemos instructores venidos de Argelia, como se ha dicho. Nuestros

campos de entrenamiento están en Argelia, es cierto, pero los instructores siguen allí. Organización administrativa: nuestro auténtico puesto de mando está en Amman. En el Líbano no tenemos más que portavoces».

¿Y la frontera? Reflexiona. «De momento nuestro punto de paso normal sigue siendo Jordania; pero, evidentemente, cuando se nos ofrecen otras posibilidades, podemos utilizarlas».

Los militantes del FLP son considerados más extremistas, y rechazan con indignación toda idea de contacto con cualquier gobierno árabe. Hablan del mismo modo: «El Líbano no es para nosotros más que un centro de reclutamiento y un lugar de paso. Nada más».



La agresión israelí al aeropuerto de Beirut colocó al Líbano ante un hecho consumado: en adelante debería alinearse, definitivamente, con el resto de sus hermanos, los países árabes. Por otra parte, difícilmente su pequeño ejército podía evitar las actividades guerrilleras de Al Fatah, cuando hasta las mismas fuerzas israelíes, mucho más poderosas, son incapaces de hacerlo.

Se vive, se baila

En Beirut este «nada más» parece ya demasiado. Es sabido que (el ejército libanés es incapaz de cerrar realmente la frontera sur. «Los propios israelíes no lo logran con doscientos mil hombres. ¿Cómo vamos a hacerlo nosotros con quince mil?». La jordanización del Líbano del Sur es dejada, pues, a la iniciativa o a la discreción de los palestinos. El «modus vivendi» aguanta. Pero, ¿por cuánto tiempo? Raymond Edde, ministro de Obras Públicas, ha propuesto llamar a los Cascos Azules. Tenía argumentos para responder a la acusación de falta de solidaridad ára-

be: «¿No ha conservado Nasser durante veinte años a los Cascos Azules? Pero cuando se le acusaba de haber bloqueado de este modo a los feddayin no podía más que contestar: "Hay que saber lo que queremos. O bloquearlos y pagar el precio en el plano interior o dejarles pasar y pagar el precio respecto de Israel"». En el Líbano ningún gobierno, ningún hombre político puede optar en la actualidad por esta elección. Luego se sigue proclamando un apoyo ficticio sin dejar de practicar detenciones bien reales, y se espera vagamente la imposible solución milagro «a la libanesa» antes de que llegue la prueba del fuego.

Mientras tanto, se vive, se baila. El buen viejo Líbano sigue adelante. El gran acontecimiento de esta semana en Beirut será como siempre, el gran baile de disfraces de Mme. Duraffor. Como siempre, en la montaña prosigue la interminable «vendetta», y el pueblecito de Zghozza va por su muerto número 157 en diez años. Como siempre, la crisis ministerial transcurre por meandros inesperados. Gamal Juumblatt, diáfano y torturado, habla del socialismo mecándose en su sillón británico, globalmente aprobado por una «clientela» a la romana, en la que predomina el druso de la montaña, con su pantalón bom-

bacho, su cráneo afeitado, su terrible bigote. Los cuarenta y cinco obispos feudales poseen las mejores tierras, y un monje «vale» un millón de libras libanesas. Un distinguido prelado que fabricaba dólares falsos acaba de ser cortésmente detenido. Incluso los multimillonarios logran vivir por encima de sus posibilidades. Folklorico, moderado, pero feudal, fenicio, corso, monegasco y confesional el frágil equilibrio sigue manteniéndose.

Pero ha sido seriamente afectado. Los hombres políticos, a pesar de la mirada del mundo fija en ellos, a pesar del peligro vecino, rechazan toda responsabilidad, negándose a su-

EL REGRESO DEL HERMANO PRODIGO

bir a un barco que se va a pique. Más allá del viejo juego político parece que algo ha cambiado.

Una sabiduría impopular

En primer lugar, el ejército. El 28 de diciembre, en cuarenta y cinco minutos, se desvalorizó. «Si hubiese tenido un revólver habría disparado», me dice uno de los viajeros bloqueados en el aeropuerto. «Con un bidón de gasolina lo habría quemado todo», afirma, en medio de lamentaciones injuriosas y ritmadas, un druso mal afeitado. «Pero, en fin —dice con voz meliflua un valeroso cura—, ¿por qué no han hecho que por lo menos se dieran una vuelta nuestros dos

Mirage? No inmediatamente, desde luego, sino cuando los otros se hubiesen alejado lo suficiente». Sus ojos están plagados de la nostalgia tan querida a los libaneses. Todavía no se conoce la verdad exacta. Abundan las explicaciones: había niebla en la carretera, el jefe de la brigada de intervención rápida estaba en el cine... De hecho parece que los helicópteros israelíes habían sido detectados a la altura de Tiro y que los responsables fueron alertados inmediatamente. La decisión fue de no responder. Por otra parte, al día siguiente, domingo, dos aviones israelíes volvieron a sobrevolar el aeródromo en el que acababan de instalarse dos DCA que permanecieron mudas. Era una decisión sabia, sin duda, dada la enorme desproporción de las

fuerzas. Pero de una sabiduría muy impopular.

La segunda víctima es el régimen. Un foso ha surgido entre el país real y el país oficial. Si puede tratarse con Al Fatah y fijar límites a sus acciones es mucho más difícil impedir a los jóvenes, e incluso al hombre de la calle, cristiano o musulmán, que se sienta más o menos fascinado por los palestinos. Después del choque del ataque, y bajo el efecto de la humillación común, se ha forjado una solidaridad. «Los palestinos, a los que se despreciaba un poco —o un mucho— porque estaban estacionados en campos, porque se callaban, robaban naranjas, vivían entre ellos y tenían demasiados hijos, se habían convertido en hombres capaces de luchar y de morir sin discursos, algo de lo

que nunca habría creído capaces a los musulmanes», me explica una señora «cristiana».

Un rechazo brutal

Un campesino druso, en un pueblo desde el que se domina Beirut, ha olvidado también sus antipatías seculares. «Nuestros sentimientos son completamente árabes... viva el general De Gaulle», grita con la mano en el corazón. Un simpático pequeño burgués maronita, arrebujado en su abrigo enorme, dice: «Los palestinos tienen razón. Si un día fuéramos atacados por Israel yo haría lo mismo, yo diría de Al Fatah». Todo esto resulta nuevo en un país como el Líbano, donde las comunidades religiosas no se





Entre tanto, a pesar de los avatares de la política, la vida sigue: folklórico, moderado pero feudal, fenicio, monegasco y confesional, el frágil equilibrio se mantiene...

mezclan nunca, se detestan con frecuencia y a veces se ignoran entre sí. Pero en seguida vienen las correcciones: «Bien que los palestinos se defiendan. A condición de que no nos traigan la guerra».

Todo queda en un sobresalto —ya de por sí sorprendente—, de un profundo sentimiento nacional. El Líbano tradicional no va a resquebrajarse por ello. Más bien ocurrirá lo contrario. El verdadero peligro —o la verdadera esperanza— está en otra parte, en los jóvenes de menos de veinte años, intelectuales, estudiantes u obreros, cristianos o musulmanes. Estos no saben muy bien lo que quieren, pero saben lo que no quieren: seguir como antes, seguir con el viejo Líbano. Rechazan en bloque todas las antiguas estructuras, confesionales y políticas. Algunos intelectuales de la nueva ola em-

piezan a dar forma a ese rechazo global y brutal. «Cristiano o musulmán, el libanés no esclerotizado tiene en la actualidad una necesidad absoluta de encontrar su personalidad en otro marco», me dice un joven profesor cristiano. «Ese es el auténtico escándalo —añade otro cristiano progresista—, el marco debe ser pluriconfesional y adaptado, por fin, a las realidades nuevas. ¿Por qué es importante para nosotros la acción de Al Fatah? Porque ha creado en los países árabes la dinámica del hombre en pie, y no ya la del hombre acostado. Ahora bien, estamos ligados, lo queramos o no, al contexto árabe regional. Toda otra existencia es imposible para nosotros». Esta constatación de buen sentido hace, en general, sonreír, y los viejos se tranquilizan diciendo a los jóvenes que la cosa no es grave. Puede con-

testarse con algunas cifras: el 51 por 100 de los libaneses tiene menos de veinte años, el 62 por 100, menos de treinta años. Nadie lo sabe, no hay censo, pero esta proporción debería invitar a reflexionar.

Nadie está preparado

Quiéralo o no, el Líbano está de ahora en adelante en la misma situación que los demás países árabes. Se eligió por él la semana pasada entre la pertenencia al mundo árabe o la vinculación a occidente. Y ahora las cosas van de prisa. Un arreglo negociado del problema palestino está ya preparándose en las cuatro esquinas del mundo.

¿Están los países árabes maduros para la paz? La respuesta es que sí. Prácticamente en todas partes, de El Cairo a

Amman, pasando por Beirut. Excepto en lo que respecta a los palestinos. Para ellos «no hay ni que hablar de un arreglo que sacrificaría nuestra existencia y nuestro ideal». En el momento decisivo va a plantearse el mismo problema en todas partes entre los gobiernos árabes que hubieran aceptado un arreglo «pacífico» y los palestinos que se niegan a él. ¿Qué harán entonces las opiniones públicas árabes? Muy probablemente, se inclinarán hacia Al Fatah. En el Líbano, más vulnerable en cuanto que más frágil, todo puede ser más dramático que en los demás países. Nadie, sin embargo, se prepara para ello. «De momento vivimos aún la separación de cuerpos —me ha dicho un intelectual libanés—. Cuando estemos un poco más maduros puede llegar el divorcio total». ■ JOSETTE ALIA.